

NADA HUMANO

Marie Ndiaye

Trad. Milena Grass

CARTEL (n.m. -1527) 1.– vx. Carta, papel, por medio del cual uno desafiaba a alguien a duelo. *Enviar un cartel a alguien.* 2.- ECONOMÍA. Concentración horizontal que reúne empresas de la misma naturaleza con el fin de hacer comunes ciertas actividades. 3.- TEATRO. (2004) Creación de la Comédie de Valence para la 5° versión del festival “Temps de Paroles”.

“Cartel” nació como una iniciativa de la Comédie de Valence con el deseo de reunir a diversos artistas (dramaturgos, directores, actores...) y crear una aventura teatral inédita en torno a una temática común: los fantasmas... nuestros fantasmas.

Esos vagan entre dos mundos, los que penan en nuestros sueños, lo que nos inventamos, los que pueblan el teatro...

Compartir, confrontar, poner en perspectiva diferentes estéticas, diferentes prácticas y producir cuatro espectáculos interpretados por el mismo grupo de actores en un lugar único y proteiforme con un solo equipo técnico.

Esas cuatro obras fueron encargadas por la Comédie de Valence y estrenadas en el 2004 por 4 directores durante la quinta versión del festival “Temps de Paroles”, consagrado a la escritura contemporánea. Su publicación común permite descubrir al mismo tiempo esas escrituras singulares y prolongar por medio de la lectura la emoción suscitada en el escenario por los espectáculos.

Este texto fue estrenado el 5 de mayo en una puesta en escena de Olivier Werner con:

BELLA: Juliette Delfau
IGNACE: Yves Barbaut
DJAMILA : H el ene Vivi es

PERSONAJES

BELLA
IGNACIO
DJAMILA

1

BELLA.- Es mi amiga. Es mi departamento. Es mi adorable y fiel amiga desde hace tiempo, mucho tiempo.

IGNACIO.- No me ha dicho nada.
No me ha hablado de usted.

BELLA.- ¿Y usted es algo más para ella que el vecino?

IGNACIO.- Harto más.

BELLA.- ¿Correspondía que le hubiera hablado de mí? ¿Ha habido momentos entre ustedes en que ella hubiera podido hacerlo?

IGNACIO.- Cada noche. Nunca me ha hablado de usted.
Y yo estoy enamorado de ella. La amo, y me está volviendo loco porque no hace más que soportarme, con cierta bondad.

BELLA.- Djamila es mi amiga más antigua pero...

(Llora.)

Acabo de verla y no ha sido bondad, no ha sido para nada bondad, el sentimiento que la ha embargado. Djamila, no obstante, vive en mi casa. Es mi departamento. ¿Acaso debería decir que ya no es más mi amiga? ¿Por qué? ¿En quién se ha convertido, para no querer ser ya la persona de cuyo afecto por mí, allá, yo me ufanaba, de su constancia, de su admiración, de su devoción, de su modestia? Dígame: ¿en quién se ha convertido?

IGNACIO.- Si ese departamento es suyo, Djamila, no se lo devolverá nunca. Ella no se va a ir.

BELLA.- ¿Nunca?

IGNACIO.- ¿Por qué habría de hacerlo? Se ha armado una buena vida bien gratificante.

BELLA.- Teníamos un acuerdo, un acuerdo entre dos amigas de toda la vida. Si usted supiera lo afectuosa que era conmigo, lo sinceros que eran los sentimientos que siempre le deparé, siendo mayor que ella, esa hermosa chiquita Djamila a quien la existencia no le había dado todas las ventajas de que yo gozaba a manos llenas por pertenecer a una familia reducida y adinerada e inteligente. Todos, cada uno llegado su turno, se tiraron a Djamila. Perdón, no quería decir eso, para nada. ¿Lo entiende?

IGNACIO.- Sí. Como ya le dije, estoy enamorado de Djamila.

BELLA.- Eso es bueno. La vida no la ha mimado, ni gratificado, ni regaloneado. La vida a mí me ha tratado con cariño, pero a ella no, a Djamila no.

IGNACIO.- Por eso ahora hay que amarla sin pedirle nada.

BELLA.- Sí, claro. Todos se la tiraron, ¡era la muerte! Oh, no me haga caso, no se fije en lo que digo. Pero es un hecho: hasta dejarla prácticamente muerta.

2

BELLA.- Y yo le presté mi departamento que ella tenía que dejar cuando yo volviera de los Estados Unidos. Y aquí estoy de vuelta. Ella debe partir. Es mi amiga, y a pesar de eso debe partir. Eso es lo que habíamos acordado.

IGNACIO.- ¿Dónde está el contrato?

BELLA.- No hay contrato entre amigas.

IGNACIO.- No hay ninguna razón para que Djamila no actúe solo según su propio interés. Nadie tiene derecho a reprochárselo. En cierto sentido, ahora ella tiene todos los derechos. Además, tiene una hija.

BELLA.- No lo sabía. No me lo contó por carta. Yo le informé del nacimiento de cada uno de mis tres hijos. Me siento cada vez más maltratada. Me invade la amargura. Yo le he ayudado mucho a Djamila. ¿Quién es el padre del niño de Djamila?

IGNACIO.- A lo mejor soy yo, eso espero.

BELLA.- Después de que le pasaron por encima como lo hicieron... Pero, de verdad, perdone, desde el fondo del corazón. ¿Entiende?

IGNACIO.- Sí. Amo a esa mujer, Djamila.

BELLA.- Algunas palabras salen rodando de mi boca y no son, desgraciadamente, hermosos guijarros sino bestezuelas un poco repugnantes cuya baba mancha el delantero de mis ropas, el interior de mi alma. ¿Cómo me puedo haber portado tan mal como para ser castigada así? ¿Cómo y contra quién? Yo siempre, siempre me he portado bien. E instalé a Djamila en mi casa para que pudiera ahorrarse el arriendo y le escribí, durante cinco años, cartas largas y precisas que ella nunca respondió más que con cartas distraídas, pero poco me importaba. Las palabras exactas son difíciles para Djamila. No fue criada en el dinero y las ceremonias como yo. Fue criada en la obsesión del sexo, la total ausencia de dominio sobre uno mismo y la ignorancia de toda ley. Es importante que usted lo sepa.

IGNACIO.- Djamila ejerce un control permanente sobre todo lo que la rodea.

BELLA.- Se tiende sobre una pasividad despreciable al primer chasquido de los dedos. Es mi amiga. Esa Djamila que es mi amiga me ha hecho la desconocida.

IGNACIO.- ¿Debía reconocerla? ¿Por qué?

BELLA.- Esta... esta es mi casa.

IGNACIO.- Exigirle algo, lo que sea, me gustaría mucho ver eso, de verdad.

BELLA.- Pero yo... adiviné que me reconocía, por el ligerísimo desconcierto en su mirada sobre mi rostro, mi pecho, mis piernas. Porque es imposible obligarse perfectamente a no reconocer a alguien a quien con la primera mirada uno ha reconocido. Es mi amiga. Mi familia le ha dado mucho a Djamila. Usaron y abusaron de ella. Oh sí, la llevábamos con nosotros al teatro, de veraneo. La formamos y la cultivamos. Nos la tiramos, tiramos, tiramos.

IGNACIO.- Ella lo sabe todo sobre todo tipo de temas. Está muy bien. Hay que dejarla tranquila.

BELLA.- ¡Es mi amiga! No, no es eso lo que tengo que decir. Ella debe abandonar mi departamento para que yo me pueda instalar en él con mis niños, que son totalmente norteamericanos.

IGNACIO.- ¿Acaso es ella una mujer que uno pueda echar? Ah, ah.

BELLA.- No hago sino respetar... nuestro acuerdo. Vengo de lejos y estoy hastiada. Necesito un techo. He dejado de ser, en los últimos cinco años, una gatita adorada, porque mi vida en Estados Unidos fue agotadora, mala, violenta, tanto que, así como usted me ve ahora, no soy más que una divorciada en medio de millones de otras divorciadas, que luchó y después huyó con tres niños desdichados por tener que abandonar su país para llegar aquí donde no le entienden a nadie. ¿Me encuentra usted simpática? Tomamos una habitación en un hotel pero esta historia tiene que terminar.

IGNACIO.- Lo que yo sé es que Djamila no se va a ir. Si usted está cansada de haber luchado, no se lancé a otro combate. Amo a esta mujer, Djamila. Amo a su hija, que quizás sea mía. Sin embargo, tanto la una como la otra, la madre y la hija, son de una especie humana diferente a la mía, a la suya, y no hay ninguna posibilidad de medirse con ellas.

BELLA.- Usted, un extranjero, el vecino, es el primero y el único en acogerme. Mi familia desapareció, dispersa por todo tipo de lugares que desconozco. La casa de mis padres fue vendida. Sufrieron un revés de la fortuna, mis hermanos partieron no sé a dónde. En su momento, se aprovecharon bien de Djamila. ¿Acaso son castigados ahora? ¿Es posible eso? ¡Tirarse a Djamila! No, haga oídos sordos a mis divagaciones. No crea ni una de estas palabras horribles.

Son palabras horribles.

Lo único real es que llego y no tengo nada más que a mi querida amiga Djamila y mi departamento.

IGNACIO.- ¿Y sus pequeños norteamericanos?

BELLA.- Los dejé en la habitación del hotel, tres conejitos desgraciados, agotados y tristes que se protegen cobijándose unos contra otros. Llevo la pesada carga de mis hijos.

Estoy muy contenta de saber que Djamila carga con el mismo peso.

IGNACIO.- Esa niña no es un lastre para Djamila. La tiene firmemente sujeta de un hilo para que no salga volando porque la dificultad, creo, viene más bien de la ligereza de la niña. Es igual, me ha dicho, a una pluma, a un suspiro.

BELLA.- ¿Usted no la ha visto nunca?

IGNACIO.- No. No la he visto nunca.

3

DJAMILA.- ¿Qué va a hacer? ¿Qué te dijo?

IGNACIO.- No va a hacer nada.

DJAMILA.- ¿Y?

IGNACIO.- Está débil, está desamparada. No controla sus palabras y debe pedir disculpas a cada rato por todo lo que desborda de su boca. Eso consume sus fuerzas.

DJAMILA.- ¿Sigue pretendiendo que soy su amiga?

IGNACIO.- Tú eres su amiga.

DJAMILA.- No, no, no. No se es la amiga de una niña infinitamente más rica que uno. Ella tiene que producirte rechazo y darte asco, tienes que burlarte de ella, reírte de ella.

IGNACIO.- Sí. Creo que la...ridiculicé.

DJAMILA.- Tienes que considerarla una persona estúpida, abyecta.

IGNACIO.- Sí, sí. Todo eso.

DJAMILA.- Tienes que ser meticuloso, tienes que seguir paso a paso lo que te he dicho.

IGNACIO.- Tú eres su amiga. Eres poderosa, pero no puedes deshacer lo que ha sido. Su amiga. Ella se llama Bella y las líneas de su rostro están perfectamente dibujadas, su ropa tiene prestancia, sus zapatos están gastados pero son caros. Ella misma está gastada, alterada pero todo su ser desprende inconscientemente el perfume del dinero. Se llama Bella, eres su amiga. Ya no es posible que ella se llame de otra manera, y tú Bella.

¿Y la niña?

DJAMILA.- Está cuidando el departamento, para que no me lo quiten.

IGNACIO.- ¿Cuándo voy a poder conocerla?

DJAMILA.- Está cuidando el departamento sin saberlo, con su sola presencia sutil, impalpable.

IGNACIO.- ¿Cuándo voy a poder criarla, al lado tuyo?

DJAMILA.- Si mi hija sale del departamento, entonces el departamento se vuelve vulnerable.

IGNACIO.- Voy a subir. Quiero verla. Poco me importa que se trate de mi hija o...

DJAMILA.- No te muevas.

Preocúpate de tus propios asuntos y haz lo que te pido. Debes esperar que llegue mi hora.

IGNACIO.- ¿Por qué dices que la niña no es más que un soplo?

DJAMILA.- Porque así quiero que sea. Porque no le voy a impedir la entrada, quiero que Bella no encuentre en el departamento más que desazón, gemidos y antipatía. Va a sentir vergüenza, le va a parecer que está entrando a la fuerza en algo que se le resiste quejándose. Ese movimiento de piedad y de incomodidad que la llevó a instalarme en su casa, ya no lo va a entender y se va a decir que era a ella misma a la que protegía de todo ese rencor acumulado en el departamento, se dirá que el favor se lo he hecho yo a ella, y no a la inversa como piensa hoy día. Sentirá que ya no la quieren aquí. Sentirá que todo, aquí, la odia.

IGNACIO.- Nada le va a hacer abandonar la idea de que tú eres su amiga. Ni siquiera bajo tortura renunciaría a ella.

DJAMILA.- Ella me tomó y me sometió, por eso tengo que decir que era mi amiga.

IGNACIO.- Dice... que no tiene nada más que a ti, y el departamento.

DJAMILA.- ¡El departamento no! ¡Nunca!

IGNACIO.- No lo admite.

DJAMILA.- Ella fue la que me lo entregó.

IGNACIO.- Habla de hermanos y de padres castigados por el destino, y dice que eso es justo.

Dice que ella fue pura amabilidad y no entiende, creo, la ausencia de reconocimiento.

DJAMILA.- Saquemos a Djamila de su covacha, obliguémosla a considerar su pasado con asco, a su familia con horror, y que nuestra inmensa caridad la ahogue de preceptos y principios. Compartamos con Djamila nuestros conocimientos sobre la belleza, que la armonía de nuestra existencia la fecunde, que la simplicidad de nuestros deseos la esculpa y la cambie. ¡He aquí Djamila! Pobre jovencita de instintos venenosos, hela aquí transfigurada. ¡Djamila! Hela aquí, entera para nosotros, completamente renovada y limpia y pulida, por la acción de nuestros buenos oficios. ¡Djamila, ven a nosotros! Nos honras y nos gustas. Ven, para que te exponamos como testimonio de la nuestra generosidad

y de la verdad de este juicio: que todo proletario es perfectible; toda mujer, una ilustración modelable al infinito; ven entonces para que te exhibamos, conversa con nuestros amigos, sonríe y sé una de las nuestras. Sonríe y sé una de las nuestras.

 Mi gratitud debiera ser considerable.

IGNACIO.- ¿Tú no serías, sin ellos, o no, Djamila?

DJAMILA.- Yo sería mis hermanas, sería mi madre, sería una miserable. Viviría en los extramuros de la ciudad y no sabría nada. No habría estudiado.

IGNACIO.- No serías gerente comercial.

DJAMILA.- No viviría, con mi hija, en el elegante departamento de Bella.

IGNACIO.- No tendrías la piel lisa, el pelo perfumado. Yo no podría amarte. Tu hija no sería mía.

DJAMILA.- ¿Qué hija?

 Mi resentimiento no tiene límites.

 ¿De veras, Ignacio, explícame, qué niña?

IGNACIO.- A veces eres una mala mujer.

DJAMILA.- Soy dura, valiente y no dejo nunca de lado mi objetivo. Mi vieja amiga Bella no volverá a tener lo que le pertenecía.

IGNACIO.- Hicieron por ti lo que nadie habría soñado hacer, y tú los desprecias y los detestas gracias a una autoridad que nunca habrías podido adquirir sin ellos. Esa Bella necesita tu amistad y su apoyo. ¿En nombre de qué le niegas todo eso? ¿En nombre de qué? Esta Bella necesita... Es bastante encantadora y no tiene a nadie, está sola con esos tres norteamericanos poco fáciles que son sus hijos, y te pide que la reconfortes y seas leal porque ella no es más que lo que es, y de las cosas de las cuales ella no es culpable contra ti no debes acusarla. Ustedes dos tienen la misma edad. Esa Bella te necesita, a ti, su amiga. ¡Esa Bella, sí, de verdad!

DJAMILA.- Los padres y los hermanos me sacaron de la pobreza y de la ignorancia. Bella se divirtió siendo caritativa al confiarme el departamento. Dios mío, ¿crees que puedo dejar impune tanta filantropía?

IGNACIO.- Esa Bella, parece amable, sí.

4

BELLA.- Así que dejaste todo tal cual, todo lo que yo había acomodado.

DJAMILA.- Ya lo ves.

BELLA.- Yo te había dado permiso, creo, para que hicieras lo que quisieras. Habrías podido hacerlo, si hubieras querido... También habrías podido correr los sillones contra el muro, desplazar la mesa, juntar las sillas...

DJAMILA.- No toque nada.

Señora, por favor, saque sus garras de mis cosas.

BELLA.- Mira como te viene esa manía extraña que me asusta.

Djamila, soy tu amiga, soy yo. Tolera lo que soy. Tu amiga. Tú eres mía, mi amiga, eso no se rechaza. Y aquí estoy en mi casa y estos muebles los elegí yo y puedo pasar de una pieza a otra si quiero, pero no lo voy a hacer y voy a esperar, porque soy bien educada, el permiso de mi amiga. Djamila. Qué dulce es volver a la casa de uno.

Y la niña, tu hija, ¿dónde está?

DJAMILA.- Escucha.

(*Un tiempo.*)

¿Oyes?

BELLA.- ¿Qué hay que... oír

DJAMILA.- ¿No oyes a mi hija?

Un tiempo.

BELLA.- No oigo nada. Pero estoy en mi casa y mi confianza renace y me gustaría que la conclusión *el placer con ellos abominable* de nuestro arreglo ocurriera sin signos de brutalidad. Vuelvo a mi hogar. Si tú supieras por lo que he pasado. Y vuelvo sin dinero y ya no tengo trabajo ni dinero ni familia *profanada una y otra vez pero no por mí* ni, casi, país pues mis propios niños son pequeños extranjeros incómodos, ¿entonces qué? ¿Mi amiga Djamila quiere aprovecharse de la situación, aunque yo le avisé cual era la situación y que tenía que desocupar el departamento? No, te amo y tú me amas *oh el amor con ellos*. No conserves de lo que te digo más que lo que tienes que conservar. Me entiendes, ¿dilo? Estoy nerviosa, estoy... Ah, mi amiga, Djamila, querida amiga mía. ¿Me entiendes?

DJAMILA.- No tengo nada que aprender. Ya nadie me puede enseñar.

BELLA.- Tenemos que estar unidas como dos huérfanas que comparten un extraño pasado común. No debes poner en discusión la amistad, ¿ah? Y espero que mis hijos *a la que se van a tirar* conozcan a tu hija *tirar y tirar y tirar*. ¡Ni dejes que los sapos salgan de mi boca!

DJAMILA.- Tus norteamericanos no pondrán un pie aquí.

BELLA.- No te acuerdas, querida Djamilá, cuando fuiste de vacaciones con nosotros a Roma y al comienzo encontrabas que eran notables detalles como la forma de los enchufes, te acuerdas cómo nos emocionaba eso y nos divertía, ¿a nosotros que estábamos acostumbrados desde la cuna a saber contemplar cuadros y monumentos? Cuán ingenua, inexperimentada era *no bella pero sin peligro tirada*.

¿Te acuerdas?

Yo soy la que decide quien puede entrar en mi casa. Mi amiga, mi dulce amiga.

DJAMILA.- Mi hija viene.

BELLA.- ¿Dónde, tu hija? ¿Quién, tu hija?

Silencio.

(Con incomodidad.) Hace frío. Hay un soplo de frío.

Y después aprendiste como nosotros a mirar las cosas bellas, de tal manera que dejaste de ser pintoresca y dejaste, pues ya no era una curiosidad, de distraernos.

DJAMILA.- Basta. No cuentes.

BELLA.- Y en tu cabecita llena de ideas supersticiosas, de creencias imbéciles *bajo tu cuerpecito tu cuerpecito industrial bajo ese cuerpo, ¿quién podía tenderse mullido abandonado quién?*

Me trago mis palabras, amiga mía.

Amiga mía.

Perdónanos.

(Incomodidad.) ¿Qué frío hace, no? ¿Alrededor mío solamente?

BELLA.- Se niega a dejarme entrar y salir libremente de mi casa. Sí, se me permitió entrar, porque apenas entreabrió la puerta me lancé al vestíbulo, pero al momento de irme, porque tenía que irme para volver con mis niños, convenció a algo enérgico y glacial de que se enrollara a mi alrededor para que ya no pudiera moverme más. ¿Para qué? Ella no me quiere aquí así que trata de detenerme por la fuerza.

IGNACIO.- ¿Qué vio ahí arriba

BELLA.- Vi mi querida mesita de marquetería, regalo de matrimonio de mi tía Saint-Marc, vi mis dos sillones Luis XV, vi el tapiz chino de mi madre y la lámpara de pie de mi madre –todo inmóvil, esperándome, preso de una inmovilidad aterrorizada. Ella les da miedo, ella no es la dueña calificada.

IGNACIO.- ¿La niña vino a darle un beso?

BELLA, *con incomodidad*.- ¿Qué niña?

IGNACIO.- ¿La hija de Djamila vino a darle un beso?

BELLA.- Eso parece.

IGNACIO.- ¿Es alta? ¿Bonita? ¿Maligna?

BELLA.- Ciertamente.

IGNACIO.- Me gustaría tanto verla por fin, a mi hijita. Djamila baja a mi casa y hacemos mucho el amor pero todavía no he tenido nunca el derecho de subir. Llegará el momento, si no cometo ninguna torpeza, en que podré conocer su rostro.

Silencio.

BELLA, *distante*.- ¿Su rostro?

(Silencio.)

Encantado el rostro de Djamila qué placer volver a encontrar mis preciosos muebles después de que a cada uno de ellos le llegó el turno de tirársela. Mis muebles me hicieron incluso más falta que mis hermanos. A usted puedo confesarle todo lo que pienso: Djamila nunca sabrá gozar perfectamente del esplendor de que da cuenta mi mobiliario. Puede esforzarse, puede imitar la digna burguesa que soy, y nunca tendrá más que el aspecto de una pobre niña enfundada en un papel admirable, y poco importa, me comprende, que gracias a nosotros tenga un trabajo bien pagado, poco importa que tenga dinero y que yo no

lo tenga, su rostro lleva la huella indestructible de lo que fue su miseria, su mugre, su fealdad. Nosotros la embellecimos, la adornamos con nuestras cualidades, le pusimos por aureola nuestra suavidad, y todo para que ella le llegara a usted, vecino, en un estado de atractivo apropiado. ¿Ha sido purificada? ¿Es refinada? ¿Le queda bien?

IGNACIO.- Amo a esa mujer, Djamila.

BELLA *molesta*.- ¿Y a su hija?

IGNACIO.- Estoy más que impaciente por poder amarla.

BELLA *muy rápido*.- Ella tiene la sangre fría y su aliento es glacial. Olvídese de esa niña de la cual usted sin duda no es el padre.

IGNACIO.- ¡Pero me aburro! ¿En qué se transforma mi vida? Estoy solo, salgo a trabajar, vuelvo, vivo solo. Nadie me necesita. Tengo el corazón apretado, estoy taciturno. Porque esa mujer, Djamila, no me ama, y el año pasado se murió mi madre. ¿Qué quiere usted que haga con mi vida? Así que digo: esa niña es mi hija.

BELLA.- Esa niña que puede ser su hija no lo amará. Es huidiza, reservada e implacable. Se lo ruego, olvídela. Ayúdeme a desalojarlas a las dos del departamento.

IGNACIO.- ¡No! Me alié con Djamila contra usted y sus pequeños norteamericanos. Es a usted a la que tenemos que expulsar, aplastar, burlar. La mujer rica, aunque esté devastada, es aborrecible.

La mujer rica es aborrecible. Tenga o no tenga dinero, la mujer rica es...

BELLA.- Voy a hacer venir a la policía, a los alguaciles, a mis abogados.

(*Poco tranquilizada*.) Les diré: No quiero que mi mejor amiga siga en mi casa. Y saquen también de mi departamento esa presencia hostil y polar. ¿Acaso no es eso lo que haría Djamila en mi lugar?

IGNACIO.- En su lugar, Djamila ya habría estrangulado o apuñalado a Djamila.

BELLA.- Persisten en ella esos instintos porque pasó en su familiar deplorable sus doce o trece primeros años mientras yo crecía en medio de mil cuidados. El padre de Djamila trabajaba con nosotros haciendo de todo y mi propio padre se fijó en Djamila y decidió traérsela a nuestra casa para darle una oportunidad de salir de su condición de hija de empleado mal pagado y engañado y ridículamente tonto. Mi propio padre tan magnífico montaba sobre Djamila como sobre su caballito árabe favorito. No, no, le enseñó equitación a Djamila y un día le regaló mi hermano caballo. No, no, cuando el padre de Djamila venía a trabajar en nuestro parque, veía avanzar rápidamente hacia él, caracoleante y orgullosa y sin dirigirle

ni siquiera un gesto de la mano, a su hija Djamila cabalgando sobre la yegua Goldy y dejándolo atrás, a él, al padre grotesco, en un torbellino de polvo. Qué hermoso, se decía él sin duda, qué bueno es encontrar a la propia hija encumbrada a tales alturas que ni siquiera lo reconoce a uno.

IGNACIO.- Una o dos veces divisé, en la escalera, al padre de Djamila, el padre de Djamila que venía a visitarla. Un gran hombre. Mirada penetrante, hermosa cabeza.

BELLA.- Entonces era mi padre, tan íntegro. Por otra parte, el padre de Djamila murió hace tiempo, abandonado por su hija, olvidado, negado. Alentamos a Djamila para que volviera los domingos a ese lugar de donde venía pero ella se negaba obstinadamente porque tiene el corazón duro. No quería tener nada más que ver con ellos – oh, qué dura es. Y duro también, bien duro, es escuchar lo que usted me dice, que usted lo vio en la escalera, subiendo hacia Djamila, a mi padre excepcional. ¡Qué mal me hace! Eso me hace bien, bien mal. Él no debía volver a verla. Había prometido no verla más. No está bien. Mi pobre padre – mi pobre amiga. Y mis hijos, que todavía me esperan. Miran televisión desde la mañana hasta la noche, en esa pieza de hotel mediocre donde me esperan. ¡Ah, en verdad, mi pobre padre tan complaciente y tan recto!

IGNACIO.- Se apuraba en la escalera. Tenía prisa por llegar. ¿Qué deseo puede haber hecho trepar así de rápido a un hombre respetable?

BELLA.- Subía hacia mi departamento y no era a mí a quien venía a ver. Sí, es injusto porque yo sentía por mi padre un cariño desmedido.

IGNACIO.- ¿Le habrá visto él el rostro a mi hija?

BELLA.- ¿Qué rostro?

(Un tiempo.)

¿Podría prestarme dinero?

(Un tiempo.)

Tengo que pagar el hotel esta noche, y no tengo lo que debo.

DJAMILA.- ¿Por qué obligarnos a venir hasta acá, a este barrio asqueroso?

IGNACIO.- Aquí es donde se aloja, con sus hijos. Pero ella no tiene ni siquiera los medios para quedarse en este lugar donde nos repugna pasar tan solo una hora. Merece un poco de indulgencia.

DJAMILA.- Aquí es donde viví mi infancia. ¿Qué me importa que pase aquí unas semanas? ¿Acaso la desgracia y la suciedad van a mancillar su hermosa piel más escandalosamente que la mía, acaso van a dejar una huella más indeleble en su encantador carácter que en el mío?

IGNACIO.- Sí, sin duda. Porque ella no está acostumbrada a este horror. Ella debe ser tratada, manipulada con suavidad. Demasiada realidad la daña. Y los pequeños norteamericanos caen allí como pobres estatuas de yeso...

DJAMILA.- ¡Ignacio! ¡Ella te interesa! ¡Te preocupas por ella!

IGNACIO.- Dejaste que su padre subiera a tu departamento, y él se apuraba en su impaciencia por llegar allá arriba. Y lo dejaste, a él, ver el rostro de mi niña. Y yo te amo, te amo, pero te odio, y no logro sacarme de la boca ese regusto a traición. Y trato pero no logro perdonarte.

DJAMILA.- Tú no tienes nada que perdonarme por que debes aceptarlo todo, tú no tienes nada que perdonar porque yo no estoy pidiendo tu perdón.

IGNACIO.- Pero entiende que sea más dulce ayudarla, a ella, que seguirte a ti, e incluso si ella es esencialmente despreciable, también es, fortuitamente, amable. Sus ojos son de un color que me recuerda cuando íbamos a recoger callampas en los bosques de mi infancia y su cuello es fino y flexible como el tronco de un sauce joven. Así que ella es a veces, accidentalmente, atractiva.

BELLA.- Gracias, helos aquí en mis tierras. Gracias, gracias. Pensé que Djamila se negaría a venir. ¿Han encontrado aquí un poco de tiempo y un poco de espacio para fornicar fraternalmente? Perdón, miren lo exiguo del dormitorio, miren las camas desvencijadas, las manchas innobles en la alfombra muro a muro, miren bien mi pequeño rincón. En Connecticut yo tenía una casa tan vasta que incluso a veces me llegaba a perder, ¿y por eso no voy a pretender que esta sea mi home de la misma manera? Y que Bill ya no está para sacarme la mugre, ¿no es cierto que es bueno así? La fragilidad es provocadora, sin embargo yo no soy responsable de la extrema finura de mis miembros.

DJAMILA.- No me voy a quedar mucho rato más, ¿Qué quieres decirnos? Estoy esperando un maestro debe estar por llegar en cualquier momento para pintar de nuevo mi salón.

BELLA.- ¡Oh, no! Era un marfil tan ingenioso, tan difícil de... Perdón, asiento, pónganse cómodos. Mandé a los niños a la pieza de arriba, donde un vecino que... Para que estemos tranquilos.

DJAMILA.- Estoy esperando al maestro que va a venir a pintar de nuevo mi salón, de amarillo.

BELLA, a *Ignacio*.- ¿No es una idea excelente? ¿Una elección perfecta? Pero nada de eso me incumbe ya. Ahora tenemos que inclinarnos ante quien posee la fortuna, ante quien, en la mitad de su vida, sabe por fin hacerse amar por la buena suerte. Te saludo, mi amiga, y te admiro y te guardo cariño, amiga mía. Pero siéntense, por favor. Háganle... háganle honor a mi pequeña morada. Ya nadie me levanta la mano. ¿En verdad quieren ofenderme? ¿De verdad?

IGNACIO.- ¿Qué fortuna?

DJAMILA.- Mucho menos de lo que esperaba. La devoraban a grandes bocados despreocupados, convencidos por generaciones de que el bien engendra inmutablemente el bien.

BELLA.- Papá le dio todo a Djamila. Mis hermanos fueron y me lo contaron. Se metamorfosearon en empleados de oficina inquietantes, gordos y congestionados, fatalistas y pelados, y simplemente me dijeron: Tú, al menos, no dejes escapar tu departamento. Están bien feos, y lúgubres. Perdieron toda su educación. Y antes sometían a Djamila, le pegaban y la tiraban al suelo riéndose, porque eran secos, musculosos, llenos de seguridad en sí mismos. Así es. Papá le dio todo a Djamila. Yo no soy, no... Yo no soy, ah, la regalona.

IGNACIO.- ¡Pero sí!

DJAMILA.- Su padre me lo dio todo. El tiempo del padre se acabó y el tiempo de la hija Bella se acabó. El tiempo de esas personas se acabó.

IGNACIO.- Pero...

(*Un tiempo.*)

Yo sé bien que... la mujer rica es aborrecible. Lo sé bien. Es lo que me tú me enseñaste.

BELLA.- Así que, amiga, oh amiga mía, ya no vengo a reclamar el departamento. Es tuyo y considero que siempre fue tuyo, y anda rápido a hacer que lo pinten de nuevo de ese amarillo maravilloso que elegiste y acepta tan solo, de vez en cuando, la visita de tu amiga Bella cuya época ya pasó, cuyo orgullo ya pasó, que no te pide nada. Y si algún día me cruzo en el umbral con mi padre que ha venido a verte, también me retiraré sin molestarlos, sin envidia, sin acritud, le diré: ¡Hello! y por qué molestarse con recriminaciones inútiles, ¿o no?

IGNACIO.- ¿Viene a ver a Djamila? ¿O viene a ver el rostro de la hija de Djamila tratando de adivinar, si él o yo, quién la engendró?

DJAMILA.- ¿Qué hija?

Un tiempo.

BELLA.- ¿Qué rostro?

Un tiempo.

DJAMILA.- Me voy a mi casa.

BELLA.- Ándate a tu casa.

Eres mi amiga. Ándate a tu casa.

Eres mi amiga, te tomaron para abstenerse de tomarme a mí, te tiraron para evitar tirarme a mí, ándate, eres mi amiga. Era preferible, menos grave que fueras tú que yo, te debemos mucho. Eres mi amiga.

DJAMILA.- Ahora va a pretender, para dominarme, que me da el departamento. Pero ella no me da nada - ¿entiendes? No me das nada de nada. Yo soy la que toma y posee. Allá estoy en mi casa porque yo lo decreté. No me dan nada ya. No estoy sujeta ya a la grandeza del alma. Soy una piedra. No soy culpable de nada. No soy amable y no soy cruel, y que no me juzguen, porque soy una piedra. Pero que importa si me juzgan, porque soy una piedra. No me dan nada ya.

7

IGNACIO.- ¡Bella! ¡Abra, abra! Soy yo. ¡La vi! ¡Creo que la vi! ¡Es abominable!
¡Abra! Como es... ¡Ay, es monstruoso!

BELLA.- ¿Por qué subió, si ella se lo había prohibido?

IGNACIO.- Todo hombre tiene derecho a conocer el rostro de su hija, acaso no todo hombre tiene derecho a... Bella, no soporto haber visto eso. ¡Pero abra de una vez, déjeme entrar a mi casa! Es una infamia. Esa mujer es una bruja.

BELLA.- Ya lo sabía yo. No había que subir. Usted la desobedeció y ahora no puede limpiar la sangre de la llavecita... Ahora ha sido castigado. Y nada puede hacer que usted no haya visto lo que usted habría dado todo por no ver nunca jamás.

IGNACIO.- ¡Pero yo no me merecía ni que me lo impidieran ni que me castigarán! Yo no le he hecho mal a nadie. Ni siquiera he tenido malos pensamientos sino sólo el deseo de ayudar, con justicia.

BELLA.- Sí. Estoy en su casa, con mis niños que han dejado todo en un desorden desesperante. Estoy en su casa, haciendo nada.

Un tiempo.

IGNACIO.- ¿Por qué no me abre?

Un tiempo.

BELLA.- No le voy a abrir. Perdóneme.

Un tiempo.

IGNACIO.- No me va a abrir. Eso es lo que escuché.

BELLA.- Lo quiero mucho y es usted un hombre maravilloso impresionante. Sin usted yo estaría en la calle o, incluso peor, donde uno u otro de mis hermanos mofeltudos. Usted me ama y ama a mis hijos, y usted ama también la pequeña y torpe familia que formo con ellos. Le agradezco todo ese amor ofrecido a cambio de nada.

Así que trate de perdonarme.

No lo voy a dejar entrar.

IGNACIO.- A mi casa.

BELLA.- Ahora es mi casa.

IGNACIO.- Ábrame simplemente, si lo prefiere, la puerta de su casa.

BELLA.- Ningún extraño debe penetrar en mi casa. Así que discúlpeme. No soy fuerte. Debo ser desconfiada.

IGNACIO.- ¿Así que así quieren castigar mi curiosidad?

BELLA.- Eso no me importa.

IGNACIO.- Vi el rostro de... de la niña, parece. No es imaginable.

BELLA.- ¿Qué rostro? No es importante. Usted no está obligado a creer en él. ¿Qué niña? Basta con no creer en ella.

Ahora, estaría bueno que usted se fuera. Tengo cosas que hacer arriba, donde Djamila. Me va a contratar para que haga el aseo en su departamento, porque necesito ganarme la vida.

Usted es un hombre maravilloso.

FIN